



Dirección de Prensa

**Discurso de S.E. la Presidenta de la República,
Michelle Bachelet Jeria,
al inaugurar Conferencia Internacional sobre las Relaciones de la
Unión Europea y América Latina: “Repensar el mundo”**

Santiago, 28 de Abril de 2017

Amigas y amigos:

Yo quiero agradecer muy sinceramente al Instituto Igualdad y a la Fundación Salvador Allende, por la invitación a reflexionar juntos sobre los desafíos actuales del progresismo.

Estamos convocados no por un simple ejercicio teórico, sino por la fuerza de los cambios y de las urgencias del presente, a preguntarnos acerca del terreno en que nos movemos y de la acción política que en él debemos desplegar. Sin esta reflexión va a ser muy difícil avanzar en la actualización y proyección de nuestra identidad de progresistas y demócratas.

Vivimos un minuto histórico de transformaciones en nuestras sociedades, que desafían nuestros conceptos y nuestras formas de relación con la sociedad. Es un momento de oportunidades y riesgos que, si no sabemos leer finamente, puede implicar un grave retroceso de los valores que representamos y de los beneficios que el progresismo ha implicado para nuestras sociedades, algo impensable hasta hace muy poco.

Sin embargo, yo creo que no es tiempo de desánimos, no es esa la impronta de nuestra larga historia de luchas. Debemos enfrentarlas





Dirección de Prensa

con la convicción, con la fuerza de nuestras historias y con voluntad inquebrantable, para conducir los cambios en una renovada perspectiva emancipatoria y de justicia social, convocando y motivando a las mayorías sociales para darle sentido y proyectar nuestra acción.

En todo el mundo desarrollado, en buena parte de los países en el umbral del desarrollo y, por supuesto, también en Chile, la nueva configuración de las demandas sociales, los nuevos perfiles demográficos, sumadas a un prolongado menor crecimiento económico, presionan a las instituciones políticas y de protección social. Ello ha puesto a los instrumentos y discursos del Estado de bienestar bajo una fuerte presión, pero también ha desmentido la tan publicitada capacidad de las políticas neoliberales para hacerse cargo del problema.

Esta crisis ha sido acompañada en todas partes de un tiempo político de respuestas débiles, pero las sociedades no pueden permanecer sin propuestas de sentido y sin ofertas de conducción. Y eso parece explicar la arremetida de propuestas políticas basadas en el miedo, la xenofobia y el populismo: respuestas fáciles y emotivas, pero que en nada se hacen cargo de los desafíos de fondo.

En momentos como éste es cuando surge la necesidad apremiante de respuestas nuevas y macizas frente a estos nuevos retos, porque la forma que han adoptado los desafíos sociales y políticos no es la misma hoy que ayer: a problemas distintos, soluciones diferentes.

Conocemos las respuestas del pasado. En la primera mitad del siglo XX, luego de la Gran Depresión y la Guerra, esa respuesta fue un Estado activo, con planificación y políticas públicas. Al finalizar el siglo pasado, algunos creyeron ver únicamente en los mercados desregulados el instrumento para salir de la recesión, desmantelando el Estado emprendedor y protector.





Dirección de Prensa

Y ustedes lo saben de sobra, porque en esta sala se han congregado hoy dos tradiciones políticas hermanas, pero con experiencias ciertamente distintas, que son América Latina y Europa. En ambas se ha expresado esta dicotomía Estado-mercado en toda su plenitud, pero con diferentes puntos de origen.

El Estado de bienestar es una creación europea. Educar a todos, proteger su salud, garantizar el empleo y cuidar de la vejez con un sistema de pensiones dignas, son políticas que están inscritas en su impronta, bajo los principios de la ciudadanía social.

Que hoy enfrenta las dificultades que sabemos, es un hecho, pero ahí el desafío consiste en reformar lo que se tiene, mejorar su sostenibilidad y sus incentivos, no en partir de cero. Mal que mal, el Estado de bienestar no sólo ha definido la forma de los Estados europeos de post-guerra, sino también la subjetividad de los ciudadanos.

América Latina, salvo excepciones muy puntuales, no ha conocido algo parecido. Por el contrario, nosotros hemos sido más bien el laboratorio de experiencias neoliberales que han buscado que cada uno se busque y pague su propia protección, renunciando a cualquier forma de solidaridad.

Aquí las formas institucionales y la cultura ciudadana adquirieron una impronta mercantilista e individualista, que las décadas recientes de democracia y desarrollo no han logrado borrar del todo. Y nosotros lo hemos vivido en algunas reformas, que claramente son indispensables, son necesarias, pero son contraculturales, porque está esta mirada más individualista.

Pero ambas experiencias se tocan en un punto –me refiero a la experiencia Europea y América Latina-: yo diría, la estatalidad. Mientras en un caso, el europeo, se trata de modernizar las instituciones del bienestar, en nuestro caso el problema es cómo





Dirección de Prensa

llegamos a desarrollar sistemas de protección social basados en derechos universales y en solidaridad social.

América Latina tiene una dificultad evidente con Estados aún precarios e incluso ausentes, en algunos casos, de ciertas partes de su territorio y de problemas agudos, como la profunda desigualdad o la grave inseguridad en vastas zonas de nuestros países, la corrupción y el desamparo social.

A ello se suma la herencia de la privatización del espacio y los bienes públicos que nos han dejado los experimentos neoliberales.

De ahí que no es trivial la pregunta sobre cómo podemos construir socialismo democrático en países donde el Estado es todavía tan débil y donde el fortalecimiento de lo público enfrenta fuertes resistencias.

Y no hay respuestas fáciles, lo sabemos. La fase actual del progresismo se caracteriza precisamente por el reconocimiento del problema y por el ensayo de alternativas conceptuales y prácticas.

Pero la urgencia de las demandas sociales, y el riesgo de una restauración conservadora o de un anti institucionalismo de izquierda, exigen actuar rápido.

En Chile estamos siguiendo un camino que, por cierto, es muy propio de nuestra realidad. En él hemos tenido aciertos y también dificultades, y me parece que esta experiencia puede enriquecer nuestro diálogo.

Quiero ahora referirme brevemente a algunos de esos aprendizajes.

Un primer punto es que se requiere flexibilidad para actualizar y reconfigurar el mapa del territorio social y político en que actuamos. Es cierto, no es fácil, porque el territorio de las últimas décadas es un territorio que nosotros mismos hemos contribuido a cambiar. Y parte





Dirección de Prensa

de nuestras identidades están atadas a ese mapa de fuerzas y desafíos.

Pero si bien es cierto que historia es una construcción humana, también es cierto que es hecha en contextos que no dependen de nuestras voluntades.

De allí no sólo la necesidad de conocer bien esos contextos sociales y políticos, sino también la necesidad de abordarlos sin dogmas acerca de los instrumentos o de las velocidades adecuadas.

Chile ha alcanzado importantes niveles de desarrollo para la región, con índices destacados en muchas de sus áreas, pero tiene pendientes importantes, y tiene también realidades nuevas surgidas como consecuencia del propio desarrollo.

Si al momento de recuperar la democracia nuestra principal misión fue pagar la deuda social heredada de la dictadura, lo cual se expresó, entre otras cosas, en una reducción drástica de la tasa de pobreza, hoy debemos enfrentar los problemas de la desigualdad, reduciendo brechas evidentes en protección social, en la formación de nuestra gente, en productividad, legitimidad de nuestras instituciones y mercados reducidos con competencia disminuida.

En nuestro país, como en otros de la región, ha surgido una nueva clase media, que no es pobre, pero que aún sigue siendo muy vulnerable. Una clase media que valora el esfuerzo individual, porque ha sido su vía de hecho para prosperar, pero que vive la angustia cotidiana ante el riesgo de recaer en la pobreza y ante la inseguridad que provocan mecanismos de protección insuficientes.

En definitiva, la carta donde hemos debido dibujar nuestro curso de navegación, ha cambiado radicalmente en sólo una generación, reflejando los cambios de un país que ha pasado desde la pobreza a una zona de renta media, y que hoy tiene demandas nuevas.





Dirección de Prensa

En segundo lugar, debemos recuperar la claridad del norte hacia dónde nos dirigimos, porque si los cambios acelerados nos exigen no enamorarnos de los instrumentos que usamos en el pasado, al mismo tiempo nos exige fortalecer la identidad de los valores que nos guían.

Es verdad que tenemos una tradición luminosa donde se funden la razón y la pasión, la serenidad y la rebeldía. Los valores de Jaurès, Brandt y Salvador Allende, siguen siendo los nuestros, y el horizonte de justicia social, tal como ayer, es el mismo que nos moviliza hoy.

Y los progresistas tenemos un norte común, pero partimos desde puntos diferentes. Ya lo decía: reforma del Estado de bienestar o construcción de un sistema de protección social basado en derechos para países de renta media.

Sin embargo, ya no se trata sólo de la cuestión social y sus respuestas institucionales, sino que se trata también de los desafíos que debe enfrentar la democracia misma. Ella está asediada por el escepticismo, el descrédito institucional, el individualismo y la apatía de los ciudadanos, hoy más educados y con exigencias más complejas que ayer.

Es decir, el nuevo contexto nos exige pensar las dimensiones culturales y valóricas de nuestras luchas, de las identidades que les ofrecemos a los ciudadanos. En tiempos de cambio tan acelerado no bastan las políticas públicas por sí mismas, por beneficiosas que sean; se requiere también acompañarlas de horizontes de sentido.

Por eso, un aspecto que debiera estar en el centro de estas reflexiones sobre los objetivos largos del movimiento progresista, es cómo repensamos para el siglo XXI la dialéctica de la libertad y la igualdad, de la diversidad y el orden, de la tolerancia al riesgo y la seguridad.





Dirección de Prensa

Es decir, más en concreto, en cómo las sociedades protegen a sus ciudadanos pero, al mismo tiempo, promueven sus derechos y proyectos individuales sin debilitar la cohesión social.

Y hemos conocido las apuestas por el Estado y luego por el mercado. Y hoy debemos sentar a la mesa también a la sociedad civil y a los propios individuos, reconociendo que la sociedad se organiza en parte en forma independiente de nuestras voluntades y que ninguno de los componentes de este cuarteto se basta por sí mismo.

Es probable que esos valores en tensión que hoy definen nuestro desafío teórico y político, como libertad e igualdad, por ejemplo, no encuentren un punto de articulación si no se consideran las mutuas dependencias reales entre Estado, Mercado, Sociedad Civil y los individuos. Las antiguas oposiciones dogmáticas de ayer no sirven ya para este desafío de hoy y mañana.

Finalmente, y éste es el tercer punto que quiero plantear –junto con identificar los grandes desafíos de la nueva época–, tenemos que saber cómo diseñar la acción política dirigida hacia ese horizonte de justicia social que define nuestra identidad. Porque mientras nos preocupábamos de gobernar o de competir en la arena política como sabíamos hacerlo, ha operado un cambio tan profundo tanto en la política como en el ejercicio del Gobierno, que es urgente incorporar en nuestra organización y en nuestras prácticas.

Hoy ya no basta con la legitimidad y la representatividad como las conocemos, sino que es necesario hacerse cargo de la exigencia ciudadana por mayor transparencia y probidad en la política, rechazando privilegios que hasta hace poco eran considerados absolutamente normales, y de mayor participación por parte de quienes no están en la política de manera permanente, sino que la entienden como un ejercicio de entrada y salida en función de los intereses del momento.



Dirección de Prensa

Se trata de una política, si se quiere, mucho más social, en que los partidos tienen la difícil pero necesaria tarea de diseminar poder en favor de los movimientos sociales, de los activistas, de los independientes y, en definitiva, de los ciudadanos.

En mi Gobierno hemos dado algunos pasos en esa dirección. Lo primero fue cerrar la puerta a la influencia del dinero en la política y regular con mayor fuerza los conflictos de interés. Hemos ampliado los instrumentos que aseguran transparencia, pero también hemos tipificado delitos y hemos aumentado los castigos. Nuestro objetivo ha sido sencillo, tan sencillo como lo que demanda la ciudadanía: parar la corrupción.

Además, hemos reformado los partidos para consagrar cuotas de género para ellos. Por primera vez vamos a ver en ejercicio en el mes de noviembre, en la elección parlamentaria. Qué bueno que algunos hombres también aplaudieron, no todos. No fue lo que yo quería, yo quería el 40% de los electos, pero logramos el 40% de los candidatos. Pero lo bueno es que partido o lista que no inscriba un 40% de mujeres, no va a poder inscribir candidatos. Entonces, hay un incentivo ahí. Y partido que elija mujeres, no sólo que lleve mujeres, va a recibir un incentivo pecuniario, digamos, económico. Así que, para que no sea un show, sino que sea de verdad.

Bueno, también tenemos normas de financiamiento público y rendición de cuentas; hemos fortalecido el sistema de primarias abiertas a los ciudadanos, para definir las candidaturas unipersonales; y reforzado la representación ciudadana mediante reformas al sistema electoral.

Son logros de enorme magnitud para nuestro país. Muchos no los creían posible y otros derechamente no los querían, porque afectaban sus intereses.

Estamos avanzando con la tarea que corona y asegura todos estos esfuerzos que he descrito: contar con una nueva Constitución que sea efectivamente esa plataforma común de todos los chilenos, esa casa





Dirección de Prensa

común. Iniciamos un proceso encaminado en esa dirección con la más amplia participación de los ciudadanos, estamos avanzando y tendremos que enfrentar aún muchos obstáculos para concluir con éxito esta tarea fundamental.

Y, por cierto, en un periodo que exige cambios de fondo y, al mismo tiempo, certidumbre en la sociedad y sustentabilidad en los avances, es imprescindible reafirmar un criterio político clave: no hay cambios sustentables, sin grandes mayorías que compartan su sentido y lo apoyen. Entonces, esto requiere de un trabajo cultural y de pedagogía muy amplio: una bella y eficaz tradición del progresismo que hay que recuperar.

Pero es también un objetivo muy concreto que tiene que traducirse en el modo de construir alianzas políticas. En esto la experiencia reciente de Chile no tiene dos lecturas: no hay progreso, sin una sólida alianza entre el centro y la izquierda.

Nuestra historia reciente es la del entendimiento entre el humanismo socialcristiano y el humanismo socialista, y estoy segura que ese es también el fundamento de nuestro porvenir.

Amigas y amigos:

Hace casi tres décadas, iniciamos nuestra marcha para llegar al Chile actual. Si lo primero fue consolidar la democracia y enfrentar la pobreza, el siguiente paso fue sostener, tímidamente al principio, la necesidad de sentar las bases de un sistema de protección social basado en derechos, y luego avanzar hacia una mayor equidad socioeconómica y hacia un sistema político más transparente y representativo.

Y la verdad que se ha requerido mucha energía política para cada avance. Restituimos las confianzas en las relaciones sociales con el Presidente Aylwin; iniciamos la modernización del Estado y expandimos nuestra inserción en el mundo con el Presidente Frei;





Dirección de Prensa

dimos garantías en salud y ampliamos la infraestructura con el Presidente Lagos; reformamos las pensiones en mi primer Gobierno y ahora hemos emprendido cambios estructurales en educación, reformado el sistema tributario, la reforma laboral, iniciado el Proceso Constituyente, y vamos a tratar de hacer una nueva modificación al Sistema de Pensiones.

Ha costado, y mucho, pero esos cambios llegaron para quedarse. Y es a partir de ellos que podemos imaginar el Chile del futuro y con ello definir las tareas para los siguientes años. Y yo creo que la historia del progresismo chileno es la fuerza de su futuro.

Pero, sin duda, vivimos -y es cierto- momentos desafiantes. Pero aquí hay lucidez, principios y una tradición que ha sabido salir adelante en circunstancias tan o más complejas que las actuales.

Confío en que serán estas capacidades y voluntades las que nos conduzcan hoy, y ojalá en esta jornada, hacia nuevas respuestas para el progresismo que Chile -y yo diría, el mundo- necesita.

Así que, muchas gracias, espero que salgan muchas excelentes propuestas e ideas, porque yo creo que la humanidad nos necesita.

Muchas gracias.

* * * * *

Santiago, 28 de Abril de 2017.
MIs/lfs.

